

CAPÍTULO XX.

El patriotismo de los españoles crece á medida que se ensangrienta la guerra.— Resultado de la batalla de Castillejos.— Los Heridos en este combate llegan á Cadiz.— Carta de un prisionero árabe.— El ejército se posesiona del Monte Negro.— Diálogo entre el conde de Lucena y un prisionero.— La division Rios desembarca en la ría de Tetuan.— Se apodera del fuerte Martin.— Dificil paso del Cabo Negro.— Consideraciones generales.— Noticias del interior de Marruecos.

Aunque de la espedicion á Africa ninguna ventaja material reportase nuestra noble patria, no por eso seria estéril la sangre tan generosamente derramada por sus valientes hijos. Por de pronto las salvajes hordas, que atribuian á la impotencia de España la impunidad en que por espacio de tantos años han quedado sus repetidos desmanes, habrán comprendido que nos sobran medios para hacernos respetar, y serán en lo sucesivo mas circunspectas. Al mismo tiempo las demas Naciones, que se complacian en considerar á nuestro pais como un recuerdo casi borrado de lo que fué en el período de su mayor esplendor, se habrán convencido de que no es España, como ellas creen, un cadaver incapaz de ser galvanizado y de dar algunas apariencias de vida. Ya ven ahora que su terrible arranque durante la famosa guerra de la Independencia no fué la convulsion final en que un pueblo moribundo agota sus últimas fuerzas; ya ven ahora que el espíritu de partido no ha ahogado el patriotismo ni el ardor guerrero de los españoles, y que sus armas, victoriosas en todos los hemisferios, no se han embotado ni perdido su antiguo temple al enrojarse con la sangre derramada en nuestras largas disensiones civiles.

Sabemos bien que el valor de los españoles no se ha puesto nunca en duda, ni aun en los dias en que mas postrada y abatida se ha hallado nuestra patria. ¿Como dudar de un valor que se halla consignado en las páginas de la historia de todos los tiempos, que lejos de desmentirlo lo han confirmado nuestras mismas luchas intestinas? Pero se dudaba del poder de España, ya que no del denuedo de sus hijos, y la guerra de Marruecos ha bastado para desvanecer todas las dudas.

Hoy se sabe que España tiene un ejército que por su organizacion nada debe envidiar á ningun otro, que se halla perfectamente dirigido por jefes puestos al nivel de los mas hábiles de cualquiera otro pais, y que los que pretendan deprimirnos no podrán decir, como decian en otro tiempo, que tenemos buenas bayonetas, pero malas espadas. Hoy se sabe que España para defenderse está dispuesta á todo género de sacrificios, y que sin necesidad de hacerlos tan grandes como sus facultades se los permitan, puede sostener fuera de su territorio una guerra larga y costosa, y erizada como la que mas de dificultades, sin dignarse siquiera prevalerse para pagar sus deudas de los plazos que le concede un exigente acreedor que sin duda la juzgó insolvente y pensó ponerla en un apuro.

En las actuales circunstancias de Europa, cuando estamos al parecer condenados á presenciár una nueva transformacion del mapa, y las Naciones se miran de reojo, y no es tan fácil que se conserve la paz como que sobrevenga una guerra general, interesaba mucho á nuestra patria destruir el desventajoso concepto que de ella se habian formado las demas naciones, convencerlas á todas de que su amistad ó enemistad no es para ninguna de ellas indiferente, y obligarlas al menos á respetar la neutralidad que se ha impuesto mientras no la obliguen á salir de su propósito, ataques mas ó menos directos á su honra ó á su independencia. Con la espedicion á Africa, nuestra patria ha obtenido tal vez ya este importante resultado, y aunque ninguno otro obtuviese, no habria motivos para considerar infecundos los dolorosos sacrificios exigidos por la necesidad de defender su honra. Este resultado es preferible á las grandes ventajas materiales que sin duda alguna obtendremos tambien sin conculcar el derecho de gentes, ni faltar á ninguna de las consideraciones que se deben entre sí las potencias amigas, ni á ningun empeño con ellas contraido.

Segun dejamos espuesto en el capítulo anterior, el ejército de

Africa comenzó su movimiento ofensivo sobre Tetuan el día 1.º de Enero á las 7 de la mañana. La lucha fué una de las mas reñidas y obstinadas de esta campaña. Sin embargo nuestras tropas acamparon en las mismas posiciones conquistadas al enemigo. En esta arriesgada operacion solamente concurren las fuerzas de la division mandada por el general Prim y algunos batallones del segundo cuerpo. El primero quedó en los reductos y el tercero á retaguardia del camino de Tetuan protejiendo la izquierda del primero. El general Prim va ahora en la vanguardia de la expedicion.

No es de creer sin embargo de haber iniciado el movimiento ofensivo nuestro ejército, que la primera noticia que se reciba del teatro de la guerra sea el cerco de Tetuan. Debemos precavernos contra la impaciencia de los que desconociendo las dificultades que el terreno ofrece, y las que ha ofrecido hasta aqui el temporal, suponen que la operacion de apoderarnos de dicha plaza es asunto de una jornada de marcha. El terreno no se encuentra en su totalidad suficientemente espedito para el paso indispensable de la artillería y caballeria, y el tiempo no está asegurado por completo. Por otra parte, los marroquíes, que defienden el paso con obstinacion, han de probar fortuna por lo menos dos ó tres veces, y acaso en el valle presenten una accion decisiva. Entonces habrá llegado el momento tan anhelado por nuestras tropas, de ver al enemigo á campo raso y sin el resguardo de matorrales y asperezas.

En la jornada de Castillejos nuestra caballeria dió brillantes muestras de su bravura é intrepidez cargando repetidas veces á la caballeria enemiga y apoderándose de uno de sus estandartes. Este suceso es de suma importancia, porque pone de manifiesto la superioridad de nuestras armas contra las mas peligrosas de los africanos. Todos convenian en que la gran fuerza del ejército marroquí consistia en su caballeria: sin embargo, en aquel memorable combate sus numerosas filas fueron destrozadas por unos cuantos escuadrones de la nuestra.

Otra consideracion de no menos interes se desprende de las noticias ultimamente recibidas. Las mayores dificultades de la guerra de Africa están ya vencidas. Estas eran en primer lugar, el clima, y en segundo lugar la inesperienza del soldado, no acostumbrado á combatir con un enemigo extraño, singular y salvaje. Pues bien, los temporales han cedido, y va á comenzar en aquellos paises la primavera que tanto se adelanta en el clima africa-

no; y en cuanto á los batallones y escuadrones que hace cerca de tres meses pelean denodadamente sosteniendo á tanta altura el nombre español, no hay ya entre ellos un solo individuo que no pueda llamarse veterano por lo acostumbrado á la clase de guerra que los moros nos hacen; á su modo de combatir, á sus sorpresas, á su griteria, á su extraña apariencia, á sus algaradas. Con soldados como los nuestros endurecidos en la fatiga, serenos en la resistencia, impetuosos y arrojados en el ataque, superiores en la disciplina, la marcha de nuestras armas por el litoral africano será una serie no interrumpida de triunfos.

En la mañana del 2 de enero pudo calcularse el resultado de la batalla de los Castillejos. Acababa de amanecer cuando se vió que los moros tenian levantado su campamento, y por las montañas mas lejanas que formaban el limite del horizonte desfilaban ejército, material y bagages. Nuestras tropas pudieron acampar media legua mas allá del sitio que de antemano se les habia señalado situandose alli el cuerpo de ejército mandado por el general Ros, en estos momentos convertido en ejército de vanguardia.

El general en jefe, acompañado de su escolta, verificó en la mañana del citado dia un reconocimiento como media legua mas allá del último campamento, y no encontrando ninguna avanzada de los enemigos, quedó satisfecho del terreno que se habia de atravesar. Por la tarde, el brigadier Mackena, segundo jefe de Estado Mayor, con cuatro escuadrones, dos de lanceros y dos de húsares, prolongó este reconocimiento algo mas y se encontró con las avanzadas del enemigo mediando algunos disparos. El terreno que fue á ocupar el cuartel general se llama la altura de la Condesa, nombre que recibe desde el tiempo que dominaron por aquellos sitios los Portugueses. Sigue despues la llanura de las tres piedras, lindante ya con las montañas del Cabo Negro.

El citado dia llegaron á Cadiz en un buque-hospital 127 heridos entre ellos 20 oficiales, y en la mañana siguiente 212 heridos y enfermos. Los llegados el 2 eran todos de la batalla del dia anterior, recogidos en la playa desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche. Iban heridos dos ayudantes de Zabala, su sobrino don Ramon Zabala, y el teniente coronel de húsares D. Carlos Tassara, hermano del ministro español en Washington, ambos de poca gravedad; el primero de un balazo en una mano y el segundo en el muslo. Zabala fué á curarse en casa del conocido comerciante don Jose de la Viesca, y Tassara en la de don Carlos España.

Los moros prisioneros en Ceuta a lelaban en su curacion. Cuando el facultativo los estaba curando nunca se quejaban y despues le besaban la mano. Proceden todos de las inmediaciones de Fez, y decian que entre los moros cundia la voz de que los cristianos quemaban vivos á los prisioneros que cogian, y que por eso prefieren morir á rendirse; asi es que al ver el buen trato que se les daba, estaban muy contentos y admirados. Estos hombres no salen de su impassibilidad sino al ver armas; en seguida que ven alguna nueva la piden para examinarla.

Uno de estos prisioneros escribió á un amigo suyo la siguiente carta traducida literalmente por el intérprete señor Rainaldy:

Loor al Dios poderoso, Solo su reino es duradero.

«A mi señor y amigo Amete Dios. Nosotros rogamos á Dios por la salud de nuestro señor Sidi-Abt-el-selam-ben-Sid de la tribu de Beni-Risum; la gracia de Dios sea contigo, y la misericordia de Dios y su bendicion para el bien de la Nacion á quien Dios ayuda Señor, te quiero hacer saber que he caido en poder de los españoles, y nos hallamos en Ceuta, con otros que te referiré; hemos sido heridos, y los españoles nos han curado y colmado de bien curando nuestras heridas y tratándonos bien.

Os hago saber que Buseljam-ben-el-dehejali-el-Amri, Sidi-Hasan-el-tsemjar-ben-tsekar, el jodeh—Mohamad, conocido por Algarbi; Sid-Taleb-magtar-eltsajur, Sid Ali-ben-Mohamad de Mequinez, que estaba en la kabila de Mohamad-ben-Bojar; este último ha muerto. Dios le perdone Amen. Los otros están aquí conmigo; por lo que os rogamos todos hagais saber á nuestra familia lo bien tratados que estamos, y consolarla y decirle que hace catorce dias que hemos caído prisioneros. Saludad á nuestro señor Mohamad-ben-el-tajer, y á Sid Morammad-ben-Adb-Allah, y á Sid-Isaben-elgal-, y á toda nuestra y vuestra familia, asi grandes como pequeños. Os ruego de hacernos este único bien Salud.»

En el sobre dice:

Llegue á manos del Sid- bdelselam-ben-el-sid-Tribu-de Bed-risum.

Serian las cuatro de la madrugada del 6 de enero, cuando un cañonazo disparado por un vapor de la escuadra dió la señal para que se levantase y pusiera sobre las armas el cuerpo de ejército que debia operar aquel dia, que era el del general Zabala, enfermo á la sazón en Ceuta. Mandábalo el distinguido gefe de Estado Mayor, general Garcia. La brigada de vanguardia del general Serrano empezó el movimiento al mismo tiempo que se amagaba un ataque á su campamento. El enemigo, fiado en que nuestras tropas iban á atacarle en sus posiciones, se quedó á retaguardia de nuestra derecha, de modo que pudieron tomarse posiciones formidables sin resistencia seria y cuando los españoles pasaban de flanco por entre una laguna y un estenso arenal.

Así consiguieron establecerse en esas posiciones defendidas en un principio por tres batallones que se apoyaban en dos baterias de campaña. Tenian, pues, nuestros soldados, tres sierras enlazadas entre si por pequeñas ondulaciones que forma el terreno. Una que dominaba la playa, y por lo mismo la laguna y estenso arenal que tenian que atravesar, y las otras dos que impedian al enemigo aprocsimarse al campamento español sin salir horriblemente escarmentado. De esta manera pudo pasar todo el ejército sin dificultad de ningun género, y lo que era mas grave, todo el inmenso tren de diferentes clases que acompaña á un ejército numeroso y tan respetable como es el nuestro. Los batallones de *Navarra, Chiclana y Toledo* tomaron las posiciones de la derecha, y mas tarde los dos batallones de la *Princesa* tomaron la de la izquierda.

Tarde ya, intentó el enemigo oponerse á nuestro paso, pero sus esfuerzos fueron inútiles para arrojarnos de las ventajosas posiciones que habiamos conquistado. Estaban los moros tan desprevenidos, que una muger y dos niños cayeron en poder de nuestras tropas á quienes se les encaminó á su campamento.

Las personas que conocen el camino de Ceuta á Tetuan, creen que habiéndose posesionado ya el ejército de las alturas del Monte Negron, han acabado para nuestras tropas las dificultades del terreno, con las cuales tuvieron que luchar hasta ahora, pues las cuatro leguas que faltan para llegar al pié de las murallas de esta ciudad, corren por un terreno llano donde todas las armas podrán maniobrar en combinacion y sacar todas las ventajas que además de su bravura, les aseguran su instruccion y su disciplina. Es posible que en las últimas lluvias reblandeciendo las tierras retrasen algo las operaciones; pero bastarán pocos dias de buen tiempo para salvar aquella corta distancia y llegar por fin á Tetuan.

El Monte Negron es la continuacion de Sierra Bullones. Uno de sus mayores estribos remata en el mar, que es precisamente por donde le ha pasado el ejército á una altura de 410 metros. Desde este punto dicho monte forma un codo y vuelve hácia Oeste hasta Tetuan, abriéndose aquí para dejar paso al rio Martin. De este modo queda formado el valle que en unas partes, con especialidad en las cercanias á la costa, es pantanoso, y en las demás está cubierto de huertas y tierras de regadio con acequias, canales y mucho arbolado. En la cordillera las mayores dominaciones pasan poco de 80 metros.

En vista de la facilidad con que el ejército expedicionario salvó todas las dificultades, se ha estrañado mucho que no le hayan hostigado al paso de los desfiladeros, siendo de presumir que los enemigos reserven sus fuerzas para una acción seria en el valle de Tetuan, si bien es de suponer que no pueden ser temibles en un sitio abierto en que la caballería y la artillería pueden moverse con libertad.

Desde la acción del día 1.º de enero, en que la bizarria del conde de Reus y la oportuna decisión del general Zavala, que apareció en los momentos de mayor peligro para reconquistar como reconquistó las posiciones perdidas y ocupadas por un inmenso número de moros, levantaron tanto el espíritu moral del soldado, que puede decirse con certeza que no se dió mas acción seria que la del día 10, en la que nuevamente, aunque con menos arrojo, el ejército marroquí quiso tentar fortuna. El segundo cuerpo de ejército al mando del conde de Reus, por enfermedad del general Zavala, fué el que sostuvo el principal choque de la morisma. Pero quien contribuyó en gran manera al buen éxito de la lucha fué la artillería, que no dejaba sosegar á nuestros enemigos, persiguiéndolos por todas partes con sus certeros disparos, y dejando el sitio del combate sembrado de cadáveres. Verdad es que el terreno era mas favorable para el empleo de esta arma que el que los españoles habían dejado á su espalda. Aunque accidentado, son sin embargo, sus colinas mas despejadas y menos pendientes que las levantadas y escabrosas sierras, donde se ha representado la introducción de esta sangrienta pero heroica epopeya.

Al amanecer del citado día, viéronse aparecer por las quebraduras del cerro grupos de moros que se adelantaban silenciosamente hácia nuestras guerrillas avanzadas. Su número fué creciendo progresivamente, hasta que á eso de las doce y media se trabó por fin la lucha, primero con frialdad y después con animación y viveza. Nuestros soldados tenían orden de no hacer fuego sino cuando tuviesen muy cerca á sus astutos enemigos, cumpliendo tan bien lo que se les había mandado, que algunas guerrillas puede decirse que solo dispararon en ocasión que pudieran hacer uso de sus bayonetas. La artillería jugó en esta acción admirablemente habiéndose visto caer una granada sobre el cuarto trasero de un caballo tordillo que caracoleaba en las filas mahometanas, y rodar por la arena caballo y jinete en medio de los nutridos aplausos de cuantos habían presenciado los efec-

tos de la puntería. Pero después con no menos asombro, vióse levantar al jinete, acercarse á su mal herida montura, quitarla la silla encarnada que llevaba puesta, echarse los arcos sobre la cabeza y marchar tranquilamente hácia donde en atropellada huida, casi fuera de tiro de los cañones, se había colocado la turba que él mandaba. Este hecho revela hasta que punto raya el valor individual de estos bárbaros, que serian invencibles si la organización y la disciplina los dispusieran convenientemente para las empresas de la guerra.

Por orden del general Prim, los cazadores de Arapiles y Llerena dieron una brillante carga á la bayoneta, que puso en completa dispersión á los moros, causándoles muchos muertos y tres prisioneros en bastante mal estado. El primero era un joven, á quien apenas apuntaba el bozo, de ojos vivos y penetrantes, herido en un brazo y con una oreja casi colgando. Llevaba la cabeza pelada en algunas partes como si hubiese acabado de convalecer de una de esas dolencias asquerosas é inmundas que tanto padecen los miserables hijos de aquellas comarcas, y su traje era una repugnante cubierta de andrajos. Fué por su pié hasta el cuartel general, donde por medio de un intérprete, se entabló entre el conde de Lucena y el prisionero el siguiente diálogo:

— De donde eres?

— De cerca de Oran.

— ¿Son muchas las kabilas que asisten al combate?

— Pocas.

— ¿Quién manda la acción?

— Muley-Abbas.

— Vaya, pues lo hace bastante mal. Vete á curar.

A todo esto, el pobre muchacho no había cesado un solo momento de dar mordiscos á una galleta que le habían dado, y se conocía que el hambre era en él superior al miedo que sentía.

El segundo prisionero era conducido en una camilla. Tenía completamente hecho pedazos el muslo derecho. Era un joven de rostro moreno, pero hermoso, alto, bien formado y suelto. Sufrió los dolores de la penosa cura que le hicieron, con resignación, sin exalar una queja y solo revelaba sus sufrimientos la construcción nerviosa de los músculos de su rostro y el rechinar de sus dientes. Cuando el médico Ferrer y Martínez le redujo la fractura, el pobre herido tendióle sonriendo tristemente la mano y le dijo con efusión: ¡ Buen tebib (médico), te doy las gracias, y Dios te premie el bien que me has hecho!

Después pidió pan, manifestando que no había comido en dos días, devorando con ansia el pedazo que le dieron, apesar de los grandes dolores que le atormentaban.

El tercer prisionero llegó al hospital de sangre casi moribundo. Una bayoneta le había atravesado el estómago de parte á parte. Era viejo, pero no repugnante. Apenas le curaron se envolvió en la manta, como Cesar después de herido, y se sumergió, tal vez en los últimos pensamientos, en esas últimas meditaciones que flotan entre la muerte y la vida; como el misterioso crepúsculo de la existencia que se acaba, y la eternidad que empieza.

La acción se prolongó hasta la noche, pero con menos vigor y energía por parte de los moros. Nuestros soldados prendieron fuego á dos casuchas que se levantaban en un cerro, próximas al campamento enemigo y que con sus rojas llamas iluminaron nuestra nueva victoria.

Hasta el 10 de enero, el ejército expedicionario de Africa había tenido 3,000 bajas procedentes de combates en esta forma.

Jefes; 2 muertos, 28 heridos y 4 contusos.

Oficiales; 26 muertos, 161 heridos y 30 contusos.

Tropa: 391 muertos, 2,079 heridos y 279 contusos.

Las últimas noticias de la costa de Andalucía venían anunciando que el terrible temporal que desde principios de Enero reinaba en el Estrecho, había cesado un tanto y el mar presentaba mejor aspecto. Con estas noticias desaparecieron los temores que se habían empezado á concebir respecto de los cuerpos de ejército que se dirigían sobre Tetuan. Acababan estos de pasar las gargantas que preceden al Monte Negron é internados en aquellos desfiladeros, su comunicación con Ceuta y con la península se verificaba por medio de la escuadra que navegando por la costa seguía los movimientos de las tropas. Pero el día 8, el fuerte viento del Sudeste obligó al almirante á disponer que varios de los buques pasasen á Algeciras y otros fuesen á buscar el abrigo de Puente Mayorga, punto del Estrecho que por estar resguardado por el Peñon de Gibraltar y colinas inmediatas conserva tranquilas sus aguas aun en medio de los mas furiosos temporales. La expedición á las órdenes del general O'Donnell estaba racionada para cinco días; sin embargo temíase que el mal tiempo durase lo bastante para justificar las aprensiones é inquietudes que se temían por esta causa acerca de su suerte. Afortunadamente cesó el peligro, y el ejército pudo recibir en tiempo oportuno los auxilios necesarios para proseguir la serie de sus triunfos.

Segun se desprende del parte del general Bustillos, la division mandada por el general Rios que iba á reforzar el ejército de Africa, estaba dispuesta para embarcarse el día 11 de enero. El pensamiento del general en jefe era que llegase el 8 á Cabo Negro, donde estarían ya las fuerzas expedicionarias. El último parte del general O'Donnell fue dado ya desde el Monte Negron después de atravesados los desfiladeros, lagunas y valle que median desde las faldas de las colinas llamadas de la Condesa hasta aquel monte que presenta posiciones inespugnables. Pasado el Monte Negron queda el último eslabon de la cadena de cerros, que vienen á morir al mar por aquella parte, y ese último eslabon que se adelanta un poco sobre la playa, es el que se llama Cabo Negro.

Sin embargo, el temporal no permitió realizar la operación imaginada. El ejército el día 8 acampó á las inmediaciones del Cabo Negro; pero el viento fuerte del Este en aquellas aguas obligó á la escuadra á salir al mar, quitando al general en jefe la esperanza de recibir en el día señalado á los valientes de la division Rios. Esta fuerza no pudo embarcarse en Algeciras hasta el 13 á las once de la mañana haciendo rumbo á las doce para la costa de Africa.

Habiendo desembarcado este cuerpo de ejército en la entrada de la ría de Tetuan la mañana del 16 sin encontrar resistencia, apoderóse inmediatamente de los castillos que dominan la boca del puerto. Los marroquis los habían abandonado, con cuyo motivo pudo establecerse el general Rios en todas las fortalezas, subiendo las cañoneras por la ría, y protegida la posición por una batería de piezas de montaña que se unieron á la division, mientras aguardaba la llegada de los demas cuerpos de ejército.

El general en jefe dirigió los siguientes despachos telegráficos al ministerio de la Guerra, comunicando esta importante operación:

MINISTERIO DE LA GUERRA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

El general en jefe del ejército de Africa al excelentísimo señor ministro interino de la Guerra:

» Campamento sobre las alturas del Cabo Negro 16 de Enero de 1860, á las dos y treinta minutos de la tarde.

Hoy ha desembarcado la division Rios y se ha posesionado del fuerte de